

reinado del actual emperador de Rusia. La durísima y cruel represión de Polonia y el decreto de emancipación de los siervos. El primero execrado por toda la Europa ha valido al emperador las más ardientes ovaciones de sus súbditos; el segundo, que no pudieron menos de aplaudir todos los países civilizados, le ha puesto a dos dedos de perecer a mano de uno de sus compatriotas. Indudablemente la Rusia no puede aún juzgarse con el criterio de las demás naciones.

Fuera de este suceso dramático, pero completamente ajeno a la política, poco o nada sabemos del exterior digno de ser referido. Como presumíamos, en el tira y afloja de la cuestión alemana volvemos a encontrarnos en un período de esperanza en la paz: mañana seguramente tornarán a reaparecer los rumores de guerra, y así seguirá prolongándose el juego hasta que los que la siguen atentamente se aburran de una cuestión que se presenta con tantos ribetes de farsa.

En París, desde luego, cada vez hacen menos efecto las contradictorias noticias que cada día se reciben de Austria y Prusia, y en la actualidad todo el interés se concentra en los preparativos de la Exposición y en las acaloradas polémicas que suscita el nuevo li-

bro de Renan *La vida de los apóstoles*. En general la crítica encuentra la segunda parte de la obra del profesor de hebreo muy inferior en todos conceptos a la primera. Siempre se dudó que en *La vida de Jesús* hubiese completa buena fe por parte del autor; pero en la de los apóstoles es indudable que sólo se ha tratado de explotar el negocio editorial que resulta del ruido y del escándalo que producen ciertas arriesgadas teorías. Cualquiera que fuese el objeto que con ella se propuso Renan, *La vida de Jesús* se había hecho con más estudio; para producirla se había trabajado seriamente. La última producción es la segunda parte obligada de todas las obras que hacen fortuna y que, por lo tanto, le coge de medio a medio el dicho de Cervantes de que nunca segundas partes fueron buenas.

Entre nosotros no tardará mucho en agitarse la cuestión de este libro, pues los campeones de la Iglesia, así en Francia como en casi todos los países católicos, se disponen a librar una segunda batalla contra las teorías del ya famoso profesor de hebreo.

Entretanto aquí los círculos literarios sólo se ocupan de la nueva obra del señor Larra, titulada *En brazos de la muerte*, que tan li-

sonjera acogida ha merecido del inteligente y numeroso público que frecuenta el teatro del Príncipe.

El drama del señor Larra, en cuya ejecución se han distinguido Teodora Lamadrid y Valero, está lleno de escenas interesantes y de rasgos de sentimiento que justifican los calurosos aplausos con que el público premia todas las noches a su autor, llamándole repetidas veces a la escena.

De la crítica fría y severa del drama resultan algunas flaquezas de la fábula y falta de verdad en ciertos caracteres; pero el todo se encuentra revestido de una forma literaria tan poco vulgar y se trasluce en el discurso de la obra un conocimiento de los recursos de la escena, que no dudamos en colocarla al lado de las más populares que han brotado de la misma pluma a que se debe *La oración de la tarde* y otras no menos bellas producciones de nuestro teatro moderno.

PARA los poetas, la primavera es la estación de las flores y del amor: es la *gioventù de l'anno* si hemos de creer al Dante. El cielo se viste de azul, la tierra se cubre de verdura, el aire se llena de armonías, la cabeza de sueños, el corazón de deseos sin nombre: *Da sospiros la duegna que non ha esposo*, como observa Berceo. Todo germina, brota y se desenvuelve. Todo revela que la vitalidad toca de nuevo al misterioso punto del círculo en que gira renovando al pasar por él sus inagotables fuerzas. Esto era antiguamente, pero los modernos, como el protagonista de *El médico a palos*, «hemos arreglado las cosas de otro modo». Para los jugadores de Bolsa, para los augures del siglo XIX, la primavera es la época de las grandes combinaciones políticas, de las guerras y los cataclismos, la época, en fin, en que los geógrafos coronados rectifican el *mapa-mundi* con la punta de su

espada señalando con sangre a falta de otra pintura mejor la línea de los nuevos límites. Todo lo que la diplomacia incubaba en el fondo de sus notas reservadas durante el invierno, germina, brota y florece al dulce influjo de los rayos de sol primaverales. No siempre la flor da fruto. No todo lo que se proyecta se realiza. Sin embargo, el almanaque político, sin temor de equivocarse puede dar de antemano para esta estación *nubes oscuras, aires de tempestad, aparato de tormenta.*

La primavera del 66 no había de ser menos que sus predecesoras, y al efecto nos ha dado el anual contingente de novedades con un serio conflicto en perspectiva. El prólogo de la función ha corrido de cuenta de las dos grandes potencias alemanas. El diálogo de Austria y Prusia comenzaba a hacerse pesado y a perder parte del interés; mas he aquí que con la Italia sale un nuevo personaje a la escena y asunto se complica, viniendo como de molde aquello del marqués de Caravaca:

«Es de enredo el argumento;  
un embrollo de otro nace.»

El prólogo, pues, ha concluído. Comienza el

primer acto, sale Victor Manuel con luces de bengala y dice:

Ya sabréis, vasallos míos,  
que habrá tres años y medio  
que a pesar del Cuadrilátero  
le hago el amor al Veneto, etc.

He aquí en resumen lo que viene a significar la escena representada por Italia; he aquí en compendio la noticia que al comenzar la semana última ha caído de las nubes como una bomba en medio de los círculos políticos, produciendo la estupefacción de los diplomáticos en agraz y una baja en los fondos públicos que juntarán la cabeza con los pies a más de un jugador optimista.

El caso no es para menos. El telégrafo al comunicar la nueva no se anduvo en perfiles. Nos acostamos tan tranquilos la víspera de la explosión, y al amanecer nos encontramos con esta friolera:

«Italia ha puesto en pie de guerra su ejército. Lamármora abandona el Poder a Ricascili. Se ha llamado a Garibaldi, que acaso está ya en Florencia. Austria, por su parte, ha interrumpido el servicio de los caminos de hierro para el público, utilizándolos en el

transporte de materiales con destino a la campaña. Por lo pronto, ha concentrado en el Cuadrilátero 200.000 hombres.»

Los desconfiados se restregaban los ojos y volvían a leer el telegrama, creyendo que no lo habían entendido bien. Los crédulos, aguzando el oído y poniendo atención hacia la parte de Italia, pensaban oír el rumor del primer cañonazo disparado en la frontera de Lombardía. Unos y otros fijaron después la vista alternativamente en Prusia, Inglaterra y Francia.

Bismark se restregaba las manos de gusto y se daba palmadas en la frente repitiendo con Fíguro: *¡Che invenzione! ¡Che invenzione!*, mientras John Bull, aun no repuesto del chasco del bill reformador, miraba de reojo hacia las Tullerías, donde el águila imperial silbaba con cierto retintín y mejor que lo pudiera hacer un mirlo, el famoso aire:

*No: no tendrás  
nuestro Rhin alemán.*

El conjunto ofrecía un verdadero *tableau*.

A juzgar por los preparativos, era de temer que después de una acción complicada al llegar el desenlace cada cual tiraría de un

girón del remendado imperio austriaco, cumpliéndose el refrán «el que de ajeno se viste...»

Por fortuna, en esta como en casi todas las ocasiones semejantes, la concisión *suí generis* del lenguaje telegráfico, omitiendo ciertas medias tintas que quitan la crudeza al color de los asuntos, hizo que la noticia pareciese más precisa y rotunda de lo que en realidad son los sucesos.

Pasado el primer repente, se ha ido diciendo que Lamármora no deja la presidencia del Consejo de ministros, que Garibaldi permanece en Caprera, que el Austria, en fin, no se decide a tomar la iniciativa, rompiendo las hostilidades, hostilidades que Italia por su parte duda asimismo en iniciar.

La obscura nube que cubrió el horizonte en Europa, se ha rasgado por algunos puntos, dejando ver a retazos el azul del cielo. ¿Pasará la tempestad de largo? ¡Quién sabe! Estas tormentas de verano son tan caprichosas. No obstante, debemos decir que si bien las primeras noticias han sido evidentemente exageradas, pues la cuestión se encuentra aún en el período de los armamentos y revistas, los planes y los cálculos, las impacencias y las precauciones, no sería extraño que al fin

se formalizase, y una vez producida la primera chispa, el incendio se hiciese general a Europa. ¿Hasta qué punto pudieran envolvernos las eventualidades de una guerra de tanta importancia? He aquí una nueva cuestión nada fácil de resolver, pero en la que no entraremos estando como estamos en la creencia de que aún no es hora. Lo repetimos, el negocio está en flor todavía, acaso el sol de los primeros meses de estío madure el fruto; de aquí allá tiempo tenemos de ocuparnos de cosas más positivas y que nos atañen más de cerca.

Con las noticias de Chile, esta vez al menos, ha sucedido lo contrario de lo que acontece con las de Italia. Las últimas a medida que se completan van decreciendo en interés. Las primeras según llegan con más detalles adquieren mayor importancia. La segunda expedición de nuestros buques al puerto de Abatao tenía al país pendiente del desenvolvimiento de los sucesos de aquella lejana guerra. Tratábase de dar un golpe decisivo, tratábase de coronar dignamente la obra comenzada por los bravos marinos Topete y Alvar Gonzalo. Ya desde hace algunos días circulaban rumores vagos respecto al desenlace de este segundo episodio, rumores que hicieron nacer más de una lisonjera esperanza, que,

contra lo ordinario, se han visto superadas por la realidad.

En efecto: los jefes de las fragatas *Numancia* y *Resolución*, a los cuales estaba encomendada la honrosa tarea de acabar de lavar por completo hasta el más leve vestigio del ultraje inferido a nuestra bandera con el apresamiento de la *Covadonga*, han cumplido como buenos, añadiendo una nueva página de gloria a los brillantes anales de nuestra marina. Los restos de la escuadra chileno-peruana, que inútilmente habían buscado un refugio entre los bajíos y escollos de Abatao, han sido destruidos por los proyectiles de nuestros cañones: de los buques de que se componía, unos fueron echados a pique, otros constituyen la presa de guerra que como señal de triunfo han sacado la *Numancia* y la *Resolución* de las aguas de Chiloe.

El suceso, como es fácil de presumir, ha causado el mayor desaliento en las repúblicas enemigas. Hay desastres que toda la retórica oficial no basta a disfrazar a los ojos de los que sienten sus efectos. Otro incidente glorioso para nuestras armas ha venido a colmar la medida del abatimiento, aun entre los más exaltados partidarios de la guerra en Chile y el Perú.

Al regresar las fragatas españolas de su expedición, han apresado un buque de vapor, y con él, a más de los tripulantes, jefes y marinería, la no despreciable cantidad de seis o siete millones de reales. Ya hay para echar un remiendo, a costa del enemigo, a aquellos de nuestros barcos que hayan sufrido averías en la refriega. La veleta de la fortuna se ha vuelto del lado favorable a nuestras armas, y según la ya conocida frase, todo es empezar. Por lo pronto, el brigadier Méndez Núñez ha propuesto el canje de sus prisioneros de guerra por los de la *Covadonga*, amenazando si nuestros adversarios se niegan a él con bombardear a Valparaíso.

De las dos acciones en que estaba dividido el interés de la guerra para el público, una es ya conocida, la otra permanece aún oculta entre las sombras del misterio. Ya sabemos lo que han hecho las fuerzas al mando del brigadier Méndez Núñez. Resta una incógnita por despejar. ¿Qué es del general Quesada? Noticias recibidas de Río Janeiro anuncian que las fragatas *Huascar* e *Independencia* han tocado en las costas del Brasil, con dirección a Chile. Se había dicho que la misión secreta del general Quesada era salirles al encuentro antes de llegar a donde se en-

cuentran. Nosotros dudamos siempre que fuera esta precisamente la misión de nuestro entendido general de marina. ¿Si era secreta la misión cómo la habíamos de saber todo el mundo? El tiempo ha venido a justificar nuestras presunciones. Esperemos, pues, tranquilos el resultado de esta segunda parte, que como suele decirse, y aquí viene de molde, lo que fuere sonará.

Entretanto el aura de gloria que nos ha venido como un soplo vivificador de *allende el mar*, llega a propósito en la época en que el pueblo de Madrid conmemora el nombre de aquellos de sus heroicos hijos que fueron los primeros en derramar su sangre por la independencia de la patria. El Dos de Mayo ha sido fuente copiosa de sentimiento y de elocuencia. Como origen de sentimiento, permanece aún y seguirá siendo inagotable; como tema de hermosas frases, nuestros más respetados oradores, nuestros más inspirados poetas la han agotado. Antes de profanar tan augusto día con un ditirambo de troquel, nos limitaremos, pues, a sentir en silencio, que cuando todo se ha dicho, es sin duda alguna el discurso más elocuente. ¡El Dos de Mayo! ¿Por ventura, esta fecha no es por sí sola un himno? ¿A qué añadirle una sola palabra?

RARA vez a una semana, llena de acontecimientos notables, como la última, sucede otra igualmente fecunda en novedades y noticias de interés. Ahora, sin embargo, la regla ha tenido una excepción. Desde que el telégrafo dió la voz de alarma y la atención de las potencias europeas se reconcentró en el punto en que amenazaba estallar la tempestad, los alambres eléctricos prosiguen funcionando noche y día trayéndonos incesantemente nuevas a cual más extraordinarias e imprevistas. Las que se refieren al atentado contra la vida de Mr. de Bismark, son sin duda alguna las que más vivamente han llamado la atención del público. Hay momentos en la historia de los pueblos en que todo depende de la vida de un hombre. Mr. de Bismark, en quien la tenacidad suple al genio, ha logrado colocarse en esa situación. Su muerte hubiera indudablemente trastornado los pla-

nes políticos que vienen preparando desde algún tiempo atrás varias de las más importantes naciones y de las cuales es el alma y la vida el sagaz presidente del Gabinete prusiano. El revólver de un fanático ha estado a punto de romper de un balazo el nudo gordiano de la cuestión europea que toda la diplomacia del mundo no ha sido suficiente a desatar.

Verdaderamente parece que no vale la pena de estarse combinando meses y meses un plan gigantesco, de secarse la inteligencia y agotar todos los recursos de la astucia y el cálculo planteando un negocio, del cual lleva un quidan la resolución en el bolsillo. Por fortuna, y decimos por fortuna porque condenamos enérgicamente estos atentados, vengan de donde vinieren y cualquiera que sea la causa a que sus autores pretendan servir, de los cuatro disparos que ha sufrido Mr. de Bismark sólo uno le ha tocado, e hiriéndole tan levemente, que tuvo ánimo y fuerzas bastantes para apoderarse por su mano del asesino. La noticia del suceso, comunicada rápidamente por todos los círculos políticos, produjo la estupefacción y la alarma naturales. Nadie esperaba ni temía que un hecho de esta naturaleza viniese a trastornar el orden previsto

de los negocios, desviando y torciendo su curso. No obstante, pasado el susto, las cosas han vuelto a su primitivo sér y estado.

Otra de las noticias que también puede clasificarse entre las de mayor importancia, no tanto por lo que es en sí como por la significación que tiene, es la respuesta del Gabinete de Viena a las notas de Prusia e Italia. Austria indudablemente ha deseado evitar el conflicto en que se encuentra; su política y sus intereses se lo aconsejaban a una. A este fin ha conspirado por todos los medios posibles; sin embargo, ahora al proponerle las condiciones con que los Gobiernos de Berlín y Florencia procederían al desarme, las rechaza con altivez y se dispone a la guerra. Seguramente ha conocido que la cuestión no tiene arreglo probable, y como Francisco I en Pavía, quiere salvar el honor aunque lo pierda todo. Al conocerse la contestación de Austria, se ha hecho tan evidente la inminencia de la guerra, que no han faltado noticieros que anuncien la ruptura de las hostilidades por parte de los italianos. Otros han dicho que el ataque ha partido de las fuerzas austriacas. La verdad es que hasta el momento no hay noticias positivas ni en uno ni en otro sentido, y si bien es un hecho apresurado la or-



ganización de los voluntarios en Italia, el nombramiento de los generales que han de mandar las divisiones de Prusia y la formidable concentración de fuerzas austriacas en el cuadrilátero, todo permanece aún en ese estado de imponente calma que precede de cerca a las grandes tempestades. Las potencias que se aperciben a la lucha, como los héroes de Homero, se miden con la vista desde la cabeza al pie antes de trabar combate.

En los demás países la política se amolda a las circunstancias, sintiéndose en casi todos los tristes efectos de la situación que atravesamos. Aunque una guerra nos lleve a la conquista de la civilización y de los derechos más preciados, mientras dura, hay que cubrir con un velo la estatua de la libertad. Y como quiera que los intervalos de fuerza suelen no venir mal a los gobernantes de ningún país, la mayor parte de ellos se apresuran a tomar con tiempo esta precaución. En Inglaterra, el partido conservador, que cree llegada la hora de dar la última y decisiva batalla a los radicales, después del combate a que dió lugar el bill de la reforma, se preparan a nuevas y más empeñadas luchas. En Francia, la frase sacramental de *el estado de Europa*, sirve de respuesta para los que piden

cierta latitud en los derechos políticos y la reducción del ejército. En España también se deja sentir la influencia de ese estado excepcional. La política, pues impera como reina absoluta en todos los círculos; en sus aras se consagran las primicias de todas las preocupaciones, a ella se deben las primeras frases de toda conversación. Obedeciendo al impulso general, nuestra revista no puede menos de pagarle a su vez un tributo en los anteriores párrafos. Por otra parte, las noticias de diferente índole han escaseado en los últimos días, ofreciéndonos únicamente en lontananza. La fiesta de San Isidro, en cuya alegre romería da el pueblo de Madrid al olvido todos sus pesares y sus inquietudes, la exposición de los objetos traídos por la comisión científica de la América del Sur, y el certamen poético abierto por la Sociedad abolicionista española, darán en breve materia abundante para la revista semanal de nuestro periódico en cuanto se relaciona con las artes, la industria y las costumbres características del país, que son sus asuntos predilectos. En tanto, y mientras la *Gaceta* no nos proporciona datos fidedignos acerca de los últimos sucesos de nuestra guerra con Chile y el Perú, con que adicionan esta ligera reseña de ac-

tualidades, diremos algunas palabras sobre *música*, que aunque en algunas ocasiones. y esta es una de ellas, todo ha de parecer *celestial*, fuerza es tomar las cosas según se van dando.

Respecto a música hemos tenido últimamente dos verdaderas novedades. El concierto del guitarrista señor Cano ha sido una, y la ejecución casi perfecta de una ópera en el teatro Real, la otra. Ambas suelen producirse muy de tarde en tarde. El reinado de la guitarra pasó. El atronador piano la ha relegado otra vez al dominio del pueblo, de donde salió hace años para enseñorearse momentáneamente de los salones. Algunos apasionados del característico y tradicional instrumento en que nuestras abuelas cantaron la *Atala* y el *Fronoso*, siguen en la creencia de que así es bueno para rasguear unas seguidillas como para tocar la sinfonía de *Guillermo Tell* de Rossini. Si alguien puede contribuir a que se mantenga esta ilusión, seguramente es un guitarrista tan consumado y hábil como el señor Cano.—«En sus manos, dicen sus admiradores, el instrumento que toca no parece una guitarra.» Y en efecto es así. Pero este elogio del artista es la condenación del instrumento: cuando se le ha vencido, cuando se le ha

dominado, todo lo más que se logra es que parezca lo que no es. A nuestro modo de ver, así como el piano, a pesar de las eminencias que en él han descollado, desempeña sus funciones más importantes llevando el compás de un cotillón o un wals polka en una reunión de familia, la guitarra, instrumento popular por excelencia, nunca suena mejor que en la noche, quejándose al pie de una ventana o prestando vida y movimiento con sus alegres tonos a lo que la gente de la bulla llama en Andalucía *un jaleo pobre*.

El concierto del señor Cano ha sido, no obstante, una verdadera solemnidad filarmónica para sus entusiastas; por nuestra parte sólo deploramos que tanta constancia y tanto talento se empleen en tarea tan ingrata como querer dar idea con las seis cuerdas de un instrumento, aunque rico en armonías, pobrísimo en sonoridad, de los efectos de la música, escrita para orquesta.

¿Quién puede asegurarnos que tantas y tan bellísimas melodías de nuestro célebre Carnicer no duermen en el más profundo olvido, sólo por haberse escrito para guitarra?

La segunda novedad: la representación del *Trovador*, por Tamberlik, ha sido un nuevo y magnífico triunfo para este eminente artis-

ta. Sólo una ejecución perfecta ha podido conseguir que el público, primero, y nosotros, después coloquemos en el catálogo de las cosas notables y nuevas la representación de una ópera tan puro traída y llevada, que la silban los pilluelos y la repiten los organillos. El Teatro Real muere como el cisne entonando su mejor canto para despedirse del mundo. La empresa de los Elíscos, a la que antes se ofrecía el camino llano y agradable, tendrá que hacer bastante para luchar con este recuerdo.

La temporada filarmónica empezó con *La Africana* y acaba con la magnífica ejecución del *Trovador*, de la cual hablarán por mucho tiempo los *dilletantis* cortesanos. «*Comincia bene e finisce meglio.*» Esto decía Rosini a un músico que le preguntaba el secreto de sus triunfos. El Teatro Real, sin embargo, ha seguido la regla del preceptista, sin que por eso pueda asegurarse que los abonados se reunirán para cóstearle una corona de laurel a la empresa. ¡En el largo paréntesis que forman *la Africana* y *El Trovador* hemos asistido a tantas catástrofes!

B UEN principio ha tenido la semana última.

¡La ofensa hecha a nuestros valientes marinos con el apresamiento de la *Covadonga* está vengada! ¡La escuadra española ha bombardeado a Valparaíso! He aquí las frases que se han repetido con entusiasmo durante los primeros días por todo el país al llegar hasta sus más apartados rincones esta lisonjera noticia. Tiempo hacía que deseábamos comenzar la revista de una semana con esas frases. Tiempo hacía que en medio de los sinsabores que a cada paso ofrecen las dificultades de la política interior, esperábamos la compensación en una poca gloria adquirida por nuestras armas en aquellos países remotos.

Ha bastado que el Gobierno dejase al jefe de la escuadra español a la libertad de obrar enérgicamente para que la guerra de un gran paso hacia su término. La firme persuasión